

EVOCACIONES DE AMÉRICA

I.—EL ESPÍRITU DE LOS CONQUISTADORES

No es frecuente—sobre todo tratándose de autores extranjeros—valorar justamente el espíritu que anima a nuestros conquistadores. Sin embargo, la conquista de Chile por Valdivia, ha constituido una casi general excepción a esa regla, fenómeno nada sorprendente dadas las circunstancias que concurren en la misma. Merece la pena el examen de esas circunstancias, que proyectan torrentes de luz, sin sombra alguna, sobre este interesante problema.

TÓNICA GENERAL

El patriarca de las letras españolas, D. Ramón MENÉNDEZ PIDAL, en un sugestivo ensayo—«¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?» (El Escorial, 1940)—ha vislumbrado agudamente el verdadero espíritu de nuestros conquistadores a través de la obra del soldado—cronista Bernal DIAZ DEL CASTILLO. No son vulgares aventureros, que van a la lucha sin otro afán que la caza de tesoros, cual ocurre en los de otras naciones dedicados a saquear nuestro Imperio, sino hombres formados en el viejo espíritu hidalgo de la España renacentista, imbuídos de altos ideales, en los que la conquista de bienes materiales—aun constituyendo natural y legítimo señuelo—queda muy por bajo del superior anhelo de gloria, de fama imperecedera—ilustres hazañas—que realmente mueve a nuestros conquistadores—«¿pues de qué condición somos los españoles—se pregunta Bernal DIAZ DEL CASTILLO—para

no ir adelante y estar en partes que no tengamos provecho y guerras?» Deseo de ganancias y afanes aventureros. Y por encima de ello impulsos ideales. «Dos de esos móviles son bien conocidos como fines del descubrimiento y de las conquistas: servir a Dios propagando la Cristiandad y servir al Rey procurándole mayor grandeza. El soldado español del Renacimiento profesa estos dos propósitos con toda elevación, con perfecta conciencia del carácter transcendente de ambos. Servir al Rey no es una mera prestación en obsequio a la persona del Monarca, sino trabajar para que España «sea prosperada y temida y acatada». Pero además de estos dos impulsos ideales, de alcance nacional y universal, todavía el soldado, tan rico de espiritualidad, va movido por otro estímulo de carácter personal que no ha sido considerado y merecía un amplio estudio. «Es el deseo de gloria que el Renacimiento imbuía en todos los ánimos y que en todos recibía la forma con que lo había modelado la literatura histórica de Grecia y de Roma. Aun los hombres de pocas lecturas como lo era Bernal Díaz, están saturados de las ideas de gloria y de fama, bebidas en los libros de la antigüedad». Ese afán de inmortalidad, palanca que mueve la voluntad de tantos héroes de América, es, en definitiva, la razón que les lleva a renunciar a riquezas materiales en pos de la conquista de esos valores superiores que son la gloria, la fama imperecedora. Hernando de Soto, abandona sus ricas encomiendas de Centro-América para sumarse a la aventura peruana, ante un angustioso llamamiento de los conquistadores del Imperio Inca. Encuentra gloria y fortuna material. Y otra vez renuncia a la fortuna material para lanzarse a la inconmensurable aventura de la Florida, donde pierde hacienda y vida, mas encuentra la imperecedera fortuna de la gloria. Los ejemplos podrían multiplicarse, porque el mismo espíritu inflama a todos.

CONDICIÓN SOCIAL DE LOS CONQUISTADORES

Ese espíritu se explica en gran parte examinando la condición social de nuestros conquistadores. Casi todos aquellos hombres que inflamados de un incontenible afán de aventura se lanzaron a la increíble aventura de América, no eran ni con mucho la hez de la sociedad española de su tiempo, como algún escritor poco

documentado ha insinuado. Al contrario de lo que ocurre en la casi totalidad de los casos de los que desde más allá de nuestras fronteras se lanzaron a saquear el Imperio por nosotros descubierta y pacientemente colonizado, los conquistadores españoles si no eran miembros de la primera nobleza, eran todos ellos «hidalgos de solar conocido y de probada hombría de bien», capaces de todos los renunciamientos y sacrificios y familiarmente ligados más o menos íntimamente a la más linajudas familias españolas. Urge señalar que al sentar estas afirmaciones no se pretende ni mucho menos adscribir la virtud a una determinada categoría social, que el más humilde porquero puede alcanzar con sus méritos las cimas de la humana grandeza y con sus virtudes la más excelsa cima de la santidad. Se resalta esta condición social, porque en su época imprime carácter. Casi todos han sido previamente soldados encuadrados en aquellos incomparables Tercios españoles que asombraron y se impusieron a dos mundos. La vida de campamento tiene, como todo lo humano, sus inconvenientes y sus ventajas. Y entre sus grandes ventajas sobresale indudablemente la de formar caracteres. Es precisamente en esa escuela castrense de los ejércitos imperiales que luchan en casi todos los países de Europa donde se forman la inmensa mayoría de los futuros conquistadores de América. Importa pues, examinar un poco esta escuela si queremos acabar de comprender a esos hombres.

AURAS DE IMPERIO

Prácticamente, la gran empresa americana se inicia cuando se abren a la política española nuevos e insospechados horizontes. Ha terminado ya la lucha interna que durante ocho largos siglos salva a Europa de la avalancha agarena, a la vez que impide a Castilla asomarse al exterior. Las coronas de Castilla y Aragón, unidas, están a punto de convertirse en la corona de España y muy pronto de «las Españas», y coincidiendo con este momento crucial, el genial visionario de los mares, al pretender abrir nueva y más corta vía al Cipango y a la India, abre nuevos rumbos a la Humanidad toda bajo la égida de Castilla.

La corona es ya de España, y mejor aún, de las Españas —Hispaniarum Rex—. Y en las Españas, unido a Castilla, está

Aragón. Y Aragón ha tiempo se halla empeñado en europea política italiana. Los viejos intereses de Aragón son ya plenamente los de una nación que al asomarse por vez primera al balcón del mundo—primerismo ciertamente muy relativo y referido exclusivamente al mundo moderno—se mete de lleno en la vorágine de la política mundial en función destacada al primer plano. Porque los españoles somos así: O nos estamos quietos en casita, rumiando nuestros internos problemas, o si nos decidimos a bullir fuera, lo hacemos con el boato y la pompa de los grandes señores. Mas esto cuesta. Y lo primero que nos costó fué el choque con los encontrados intereses que en Italia tenía Francia.

Francia, que aspiraba a ser la primera de las potencias de Europa, se encuentra de pronto con una poderosa rival que, nacida el día antes, junta en sus manos tan inmensa posesión de fuerzas y de territorios que forzosamente habría de figurar no sólo como la primera potencia de Europa, sino del Orbe entero.

Mas el poder levanta recelos. Y con los recelos, enemigos solapados o descubiertos. Y así, el poderío de D. Carlos levanta contra él, primero, al Rey francés y más tarde a casi todas las testas coronadas de Europa.

En estas áuras del Imperio, en este ambiente cuajado de inquietudes—y de virtudes—castrenses, se inicia la gran aventura de la casi totalidad de «esos machos castúos que otros días triunfaron en América».

Eran momentos de iniciaciones. Iniciábamos nuevas y universales empresas políticas. Estrenábamos nuevos teatros donde realizar hazañas tan portentosas que increíbles parecen. Y, sobre todo, iniciábamos nuevos modos de concebir y hacer la guerra y la milicia, que nos darían el dominio del Orbe.

Porque si para las empresas interiores de la reconquista bastaban las fuerzas que los reyes podían reunir y las que les aportaban los nobles que se sumaban a su llamada, para empresas mundiales y permanentes se requería otro tipo de ejército. Justamente el ideado como permanente por Cisneros—con su «Gente de la Ordenanza»—, cuya organización habría de completar el Gran Duque de Alba. Y un modo de hacer la guerra: el casi inventado sobre los campos de batalla de Italia por el todavía no superado genio castrense de Gonzalo de Córdoba. Ejército y táctica que

venían a suministrar el medio de realizar la obra imperial al nacer el Imperio entre nosotros.

EL EJÉRCITO IMPERIAL Y SU ESPÍRITU

Un nuevo tipo de ejército, en el que la pieza esencial eran los voluntarios que se adscribían por merced determinada y tiempo indeterminado, pudiendo rescindir cuando quisieran sus compromisos. No se había suprimido con esta nueva organización el viejo sistema. Aún existían soldados forzosos, reclutados en campos y ciudades mediante levas. Y soldados adscritos a magnates e incluso a burgueses adinerados, de los que son tipo los contingentes de milicias de los «caballeros quantiosos y caballeros pardos» creados por los Reyes Católicos con gentes procedentes del estado llano que buscaban ennoblecimiento «como premio a sus servicios militares».

Pero el nervio, la fuerza y la gloria de este ejército lo constituían los voluntarios, los mercenarios, los hombres que iban a la lucha, a veces guiados por afanes económicos, pero la mayoría de los casos—sobre todo en el voluntariado hispano—movidos por el ansia infinita de aventura que es nervio de la raza; o si se prefiere por «el hambre de gloria» de que hablara el Marqués de Pescara y que ha inflamado siempre y continuará inflamando el alma española. Gente noble y humilde, adinerados y muertos de hambre convergían en el espíritu aventurero, en «el hambre de gloria».

Los Tercios españoles que habrían de asombrar e imponerse a dos mundos, eran—según señala agudamente BERMUDEZ DE CASTRO—«la savia española, la flor de los campos, la espuma de las Universidades, el cogollo de la nobleza. Con la pica de 28 palmos o el arcabuz y la horquilla al hombro, marchan juntos en busca de gloria y fama para España, el hidalgo rico, el estudiante pobre, el labrador acomodado, el artesano sin fortuna, el poeta, y el iletrado, unidos por el afán y la honra de ser «magníficos señores soldados» como los llamaba D. Juan de Austria. De nada sirven los blasones: allí van el Duque de Osuna y el Marqués de Frigiliana que tardan diez años en lograr la banderola de alférez. Y otros muchísimos que ni eso consiguen y se enorgullecen con el alamar de sargento».

Aun siendo la misma fuerza que mueve a los soldados del Gran Capitán, el panorama cambia radicalmente de sus tiempos a los del Emperador. «El toско almogávar que en Italia asombró a los hombres de armas franceses, se convierte en el peón más culto de todos los ejércitos europeos: de soldados como Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega... tenían que salir los Mondragón, Verdugo, Leiva, Romero y tantos otros». Soldados que con la gloria anhelan también la personal fortuna pero que—espíritu de raza, alma de un pueblo—no dudan en perdonar sus adeudados haberes y aún en buscar los restos de sus bolsas en espontánea colecta, cuando el plante de mercenarios extranjeros—suizos, alemanes, flamencos—en exigencia de sus haberes, crea conflictos que hacen discutible o insegura la victoria.

EL SENTIDO CABALLERESCO DE LA GUERRA

La guerra entonces, en muchas facetas, mantenía el viejo espíritu caballeresco de los torneos medievales. Hay un concepto del honor que impone a todos normas de mutua cortesía que, sin mengua de la acción bélica, frenan las consecuencias de la lucha, adelantándose a las normas humanitarias—leyes de guerra—de los tiempos actuales, aunque con muy diversa tónica. En la contienda interviene en los ejércitos imperiales el joven marqués de Pescara, maestro en ardidés y modelo de caballeros, y por el bando francés el famoso Pierre de Terrail, Sr. de Bayardo, «el caballero sin miedo y sin tacha», cuya muerte en la batalla de Rebecco (abril de 1524), en la que participan tantos futuros conquistadores de América, entre ellos Valdivia, dió lugar a una serie de recíprocas cortesías que demostraban el espíritu caballeresco de los capitanes de la época.

Merece la pena recordar el ambiente culto de la mayoría de aquellos soldados «mercenarios» que entendían los hondos problemas teológicos de los autos sacramentales y gustaban componer estrofas. Su íntimo sentir lo habría de expresar precisamente VALDIVIA en la carta que dirigió el 4 de septiembre de 1545 a la Sacra Católica y Real Majestad de Carlos V: «es por emplear la vida u hacienda que tengo y obiere en descubrir, poblar, conquistar y pacificar toda esta tierra» y aun más de la hacienda, pues si

para llevar a efecto su empresa fuere menester «un millon de castellanos, si los toviere o hallara prestados, los emplearía» y no sólo vendería patrimonio si lo tuviese, pues «por servir a S. M. no sólo vendería patrimonio, si lo hobiera, pero empeñaría la mujer para ello, pudiendo la honra quedar satisfecha» y por premio a su obra sólo pide «que lo sepa el Rey y saber que le son aceptos sus servicios y tenerle en el número de sus leales subditos y vasallos y criados de su Real Casa, que no deseo mas». En eso de «no desear mas» falta a la verdad. Verdad que resplandece en su carta del 15 de octubre de 1550, en la que anuncia al Emperador su propósito de trasplantar en Chile la casa de Valdivia «para que V. M. como monarcha tan christianisimo, Rey e señor nuestro natural, sea servido ilustrarla con mercedes mediante los servicios por mi hechos a su cesárea persona». Ahí está la clave del pensamiento que domina a todos: Ansias de gloria, blasones, encomiendas, veneras que eternicen la memoria de sus hazañas; cosas que en nuestro materializado siglo carecen casi de valor, pero que le tenían infinitamente superior a las propias riquezas materiales para aquellos, casi siempre pobretones, hidalguillos o hidalguillos pobretones, que aún sabían rendir culto a los eternos valores morales y que por ellos eran capaces de arrostrar hambres, fatigas, luchas sin descanso para buscar almas que ofrecer a Dios y tierras que ensanchen el dominio del Rey, a quien, según expresara otro soldado escritor de la época, «hacienda y vida se ha de dar».

II.—EL ESPÍRITU DE LA CONQUISTA CHILENA

Posiblemente, en ninguna empresa americana se ven tan claros los nobilísimos impulsos que guían a sus actores como en la chilena, concretamente en la conquista de Chile emprendida por Valdivia. En Méjico, en Perú y en tantos otros sitios, cabe que los que no han sabido profundizar en el espíritu de nuestros grandes conquistadores, vean el señuelo de riquezas o la fama de riquezas de esas tierras como «leif motivº» de sus incomparables hazañas. Riquezas que para ser adquiridas habrían de costar ingentes sacrificios, «heridas, enfermedades, incesantes sobresaltos, dormir armados y calzados sobre la dura tierra, los caballos enfrenados, la muerte siempre al acecho» y sobre esas continuas penalidades,

el hambre, eterna enemiga de todos nuestros conquistadores. El hambre que por sí sola señala la soberbia categoría moral de aquellos superhombres. «Los trabajos de la guerra, invictísimo César—decía el propio VALVIDIA al Emperador Carlos V. en su carta de 4 de septiembre de 1545—puédenlo pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurriendo con ellos, para los sufrir, *más que hombres han de ser*».

Volvemos sobre lo anteriormente indicado. Todas esas fatigas, en otros casos podrá estimarse con o sin fundamento—a nuestro entender y por las apuntadas razones, sin fundamento alguno—se soportan movidos los actores por el señuelo de las posibles riquezas o por la aureola de riquezas que envolvía el territorio cuya conquista se emprendía. En Chile ocurre al revés: Hay la convicción en los paladines de la gran aventura de que Chile es «tierra perdida», pobre, incapaz de «dar de comer» a ningún conquistador.

Y acrecienta el mérito humano de la empresa bajo tan adversos signos emprendida, el previo renunciamiento a situación económica francamente espléndida. Puntualicemos todo esto.

FORTUNA ECONÓMICA DE VALDIVIA

Valdivia, enrolado por Alderete, antiguo compañero de armas en Flandes y en Italia, llega a las Indias en febrero de 1535 para participar en la proyectada conquista de lo que más tarde se llamaría Venezuela, intentada por Jerónimo de Horta, al que Ordax había cedido sus poderes y que en el año anterior—1534—logró que el Emperador confirmase la cesión, otorgándole el correspondiente privilegio. El fracaso de la aventura venezolana coincide con las angustiosas llamadas que Pizarro lanza a todas las Gobernaciones de Indias pidiendo refuerzos de hombres para aplastar la sublevación de los indios que ponían en grave peligro aquella incomprensible empresa que había producido por sí sola más riqueza que todas las Indias juntas. La llamada ofrece estímulos suficientes para volcar sobre el territorio incaico verdaderas oleadas de hombres. Junto al señuelo de posibles riquezas está la seguridad de combatir como soldados y «ganar fama y honra». Al contrario de la aventura venezolana, reducida a un constante

caminar abriéndose paso a golpe de machete entre la enmarañada maleza, bajo lluvias torrenciales, en ambiente sofocante por el calor, la humedad y los malos olores, acosados por mosquitos, alimañas de toda clase, por enemigos que se esconden y lanzan a traición sus flechas envenenadas. Aquello no era caminar de soldados. Era una marcha de conejos. Haciendo el hombre casi siempre de conejo. Lo del Perú ofrecía contrario cariz: masas de hombres frente a masas de hombres en campo descubierto. Casi, casi, como en Europa. Y por añadidura, el tin tin de esas fabulosas riquezas de cuentos de Oriente, que si vienen no son ciertamente de despreciar...

Y al Perú marchó Valdivia, que llega al territorio de los Incas en el momento más oportuno. Cuando a la subversión de los indígenas se une la lucha entre soldados de España—todos ellos obrando «en nombre de S. M. y creyendo defender más lealmente sus mandatos»—y hay que organizarse casi a la europea. A la angustiosa llamada de Pizarro había acudido, en primer término, Alonso de Alvarado, que abandona—otro caso más de desinterés, en aras de ideales más altos—sus bien conquistados bienes y corre al Perú a prestar ayuda a otro conquistador en peligro. Y Alvarado, al frente «de trescientos españoles de a pié y de a caballo», marcha sobre el Cuzco, a donde se le adelanta Almagro, que después de haberse apoderado de la capital del Imperio Inca y de haber apresado a los hermanos del Marqués-Gobernador—Hernando y Gonzalo—, marcha contra Alvarado, derrotándole en Abancay gracias a la extraordinaria pericia militar de su segundo —Orgóñez—, haciendo prisionero a D. Alonso y saqueando su campo.

Urgía a Pizarro organizar su ejército «a la europea» para aplastar la rebelión almagrista. Y es en estas tareas organizadoras donde se revelan tan acusadamente las grandes dotes de Valdivia, que no en balde había luchado en Europa al lado de capitanes tan expertos y afamados como Nassau, Leiva y Pescara. Y a su genio práctico y organizador, y posiblemente también a razones de paisanaje, que facilitarían inicialmente el camino, se debe su rápida imposición a todos y su fulminante carrera de simple soldado a Mariscal de Campo, general de los ejércitos del Marqués-Gobernador. Que la confianza en él depositada no fué baldía lo de-

mostró prontamente al apoderarse—con astucias bien aprendidas de tan consumado maestro en bélicas estratagemas como era Pescara—de la posición clave de Guaytara, que dejaba libre al ejército de Pizarro el camino del Cuzco. Y una vez en posesión del tal posición, demuestra su claro sentido, no dejándose llevar de la natural impaciencia de Pizarro, organizando el improvisado campamento de Nazca, donde adiestra a sus soldados, los organiza, y cuando estima está el ejército bien preparado, se lanza al ataque, logrando el espectacular triunfo de Las Salinas, que acaba con el ejército de Almagro, y permite la conquista de Cuzco y la prisión y posterior ejecución del torpe y desgraciado inclusero, prisión y, sobre todo, ejecución impolítica y censurable en la que justo es señalar que ninguna intervención tuvo Valdivia.

Aun después de destrozado el ejército almagrista, siguió una ingente labor militar del «Maestre de Campo General» que tuvo por escenario la alta planicie del Titicaca y de Bolivia, regiones que durante mucho tiempo habrían de ser conocidas con los nombres del Collao y las Charcas. Años más tarde, cuidará de señalar al Emperador estos servicios: «conquisté dos veces las provincias del Collao e de las Charcas e ayudé a poblar la villa de Plata en ellas e traje de paz toda la tierra, la cual ha servido hasta el día de hoy e sirve».

Terminada la lucha—o mejor dicho la primera parte de la lucha—y pacificado el país, al menos aparentemente, había que pensar en la espinosa tarea de distribuir recompensas entre los que habían participado en la contienda y ayudado a la victoria. En estos momentos se pone nuevamente de manifiesto la especial psicología de aquellos incomprensibles hombres que, habiendo dado durante la lucha tantas y tan altas pruebas de renunciamento, cuando llega el momento de participar en el botín, se creen asistidos de los máximos derechos. Gráficamente lo señala ZÁRATE: «cada uno pensaba que con darle toda la gobernación, no quedaba pagado». Todo ello, sin perjuicio de que al día siguiente, si una necesidad lo demandaba, abandonasen el tesoro, tan rudamente disputado, y se lanzasen de nuevo a la aventura «en calzas y jubón».

Pero Pizarro era hombre que sabía hacer las cosas y dar a cada uno lo suyo. Al menos con Valdivia, cuya labor en la lucha contra

Almagro y en la posterior pacificación del país supo apreciar, pues la recompensa, más que espléndida, fué verdaderamente regia. «El Marques—nos dirá el propio VALDIVIA en su correspondencia—en remuneración de los servicios... que hice en termino de cuatro años... me dió en deposito todo el valle de la Canela, que después que yo le dexé le dió al Capitan Peranzurez e a su hermano Gaspar Rodriguez y a Diego Centeno; e Vaca de Castro... dió en él de comer a tres conquistadores que fue a los capitanes Diego Centeno, Lope de Mendoza e Dionisio de Bobadilla: el cual repartimiento vale y ha valido cada año mas de doscientos mil castellanos», cantidad que se ha calculado representa más de cuarenta mil libras. Y aparte de ésta, de por sí espléndida remuneración, le concedió «un rico repartimiento de indios y una rica mina de Plata en el Porco», el famoso cerro argentífero que —todavía no descubierto el de Potosí—se estimaba el más fabulosamente rico de todos los cerros argentíferos del mundo.

Parece que con estas prebendas Valdivia había llegado a la cumbre de su prodigiosa carrera. Llegado al Perú cuatro años antes «en calzas y jubon, con su capa y espada al cinto por todo bagaje», se ha convertido, en ese escaso lapso de tiempo, en uno de los más preeminentes personajes del país. Maestre de campo, general de los ejércitos de Pizarro y después del Marqués y sus hermanos, el más rico colono de la naciente gobernación. Posee más tierras que muchos nobles juntos de su nativo terruño. Tiene ejércitos de indios que las trabajen y, por añadidura, una mina de plata que estiman todos prácticamente inagotable. Tiene fortuna y gloria. Un nombre legítimamente ganado «de militar entendido en la milicia de la guerra», de hombre que sabe juntar «con prudencia, la afabilidad con la gravedad y el brío con el comedimiento», según nos lo definirá años más tarde MARIÑO. Ha logrado una autoridad que respetan en los Consejos incluso los más antiguos y experimentados capitanes. Y hasta puede permitirse aprovechar el viaje de cualquier encomendero para remitir a D.^a Marina, la abandonada esposa, presentes que, aparte de cumplir un deber, quizá satisfagan el pueril y hondamente humano deseo de deslumbrar a los pobres hidalgos de su tierra, encorvados día tras día sobre el surco, luchando toda la vida por un mísero pedazo de tierra, sin más horizonte que asegurar el pan de cada día. ¿Qué más puede desear?

TOTAL RENUNCIAMIENTO

Poco más de un año disfruta Valdivia esas riquezas. Establecido en el centro de sus posesiones, en la naciente y floreciente villa de Chuquisaca, que él ayudó a fundar—primera fundación de este fecundo «padre de ciudades»—, convertida ya por su proximidad al cerro del Porco en la villa de la Plata—siente por encima de los beneficios que le reporta el disfrute de sus cuantiosas riquezas, el aguijón de un estímulo más fuerte—. En su espíritu se levanta el panorama de la «extensa y pobre tierra de Chile», de todos abandonada después de la defección de Almagro. Allí hay «almas que conquistar para Dios y tierras que conquistar para el Rey». Y como el otro soldado—cronista—, Bernal Díaz del Castillo, piensa que no cabe que los españoles sean de tan mísera condición como para abandonar tales empresas y no seguir adelante, entregados al cómodo disfrute de unas riquezas tan legítimamente conquistadas. Y decide lanzarse a la aventura, que supone nada más y nada menos que el abandono de todos sus bienes, la renuncia de todas sus riquezas. Y sin embargo no vacila.

En abril de 1539 llega Pizarro a la aldea que, con el tiempo, se convertiría en la espléndida ciudad de La Paz, capital de la hermosa nación boliviana. Y allí va a su encuentro Valdivia a solicitar su autorización para conquistar y poblar Chile.

Pizarro, hombre harto baqueteado en los vendavales de la vida, no era fácil al asombro. Sin embargo, se asombra ante la inexperada petición de su paisano y amigo, el más rico asentado del Collao. La cosa no era para menos: emprender la conquista de un país como Chile, tan remoto y tan pobre, que no compensaba los gastos que hubiera que hacer para su conquista, según se tenía por común opinión. Y un país en cuyo intento de conquista había fracasado un tan experimentado caudillo como había sido el Adelantado... «pues con todo esto, pedi al Marques Pizarro para venir con la gente de a pié e a caballo que yo pudiera hacer, a conquistar y poblar y descubrir mas provincias adelante y poblarlas en su Real Nombre, por quanto tenia dexeo de me emplear en la restauracion desta tierra, *porque sabia que se hacia un grand servicio a S. M. en ello*». «E viendo mi voluntad, el Marques me

dixo que se espantaba como queria dexar lo que tenia que era tan bien de comer como él—es decir tan ricos asentamientos como los suyos—e aquella mina, por emprender cosa de tanto trabaxo». Mas la lucha, en la que todos están contra el proyecto, que estiman verdadera locura: un país pobre, en cuya conquista había fracasado el Adelantado; un país que no ofrecía ninguna perspectiva... Mas frente a todos, se impuso el tesón de Valdivia, del que años más tarde—en su deposición en el proceso instruido por La Gasca—afirmará Gregorio Castellanos, que tan íntimamente le conocía: «Lo que a él le paresce, no es nadie parte en aquello para mudarle». Y vencido al fin por su tesón, PIZARRO, haciendo uso de las facultades que le concedía la Real Cédula dada en Monzón en 1537, otorga a favor de Valdivia la ansiada autorización para que «poblase e conquistase e gobernase el Nuevo Toledo e las Provincias de Chili», con el carácter de Teniente-Gobernador suyo.

Mas la autorización para emprender la conquista de Chile suponía nada menos que la renuncia de sus ricas encomiendas. No tuvo siquiera la suerte de su contrincante, el intrigante de Sancho de la Hoz, a quien la Corte reservó éstas mientras durase la conquista. Valdivia lo perdía todo para lanzarse a la heroica aventura de conquistar un país que todos estaban de acuerdo en señalar como pobre e inhóspito. Este renunciamiento valora por sí solo su empresa. No cabe pensar en móviles egoístas que, con mayor o menor justicia, se pueden achacar a otros conquistadores. Valdivia, frente a todos ellos, renuncia a un más que espléndido presente por un total incierto y más que oscuro porvenir. Ricas encomiendas, productivas minas de plata, ricos repartimientos de indios, y todo ello por conquistar un país que ningún indicio presentaba como productivo y sobre el que se cernía fatídicamente la sombra del fracaso de «tan experimentado capitán como era el Adelantado, que había llevado a su empresa chilena la flor de los ejércitos de las Indias».

Más pura lección de sacrificio, de sentido del deber, de infinito afán de «honra», no cabe. Creemos que teníamos razón cuando al principio señalábamos que en ningún caso como en el de la conquista de Chile cabe apreciar con mayor pureza el hondo y elevado estímulo que mueve a nuestros conquistadores.

III.-TÓNICA DE LA CONQUISTA

Si dentro de la tónica general que mueve a nuestros conquistadores todos, la conquista de Chile ofrece en sus inicios esos particulares caracteres que la destacan moralmente sobre todas, también en su tónica general ofrece caracteres particularísimos que hacen que la figura de Valdivia adquiera proporciones relevantes y que yo sepa poco señaladas hasta ahora.

INICIACIÓN DE LA MARCHA

Después de nueve meses de improbables trabajos contra todo y contra todos, luchando con la sombra—mala sombra en realidad—de Almagro, logra Valdivia emprender la marcha. Antes, en la recién consagrada catedral del Cuzco, se reúne «el ejército expedicionario»; en solemne ceremonia religiosa colocan su empresa bajo la más alta protección. Un ilustre escritor chileno ha sabido captar bellamente el momento: «De la diestra episcopal de Fray Vicente de Valverde, ha brotado un signo de cruz para cubrir con su santo e invisible conjuro las cabezas que se inclinan. La luz opaca y olorosa de la catedral cuzqueña recoge la gravedad de los rostros bravíos y en pos del espaldarazo divino no habrá quien detenga a estos caballeros de andar imposible y absurdo, burladores ensañados de la prudencia. Valdivia se adelanta y pronuncia palabras de promesa. El primer templo que se alzare en tierras de Chile será para honrar la Asunción de María, y la primera ciudad erigida llevará el nombre del Apóstol Santiago. Y mientras barrocas columnas de incienso anudan bóveda y suelo, parece una vez más afirmada en el escueto grupo esa voluntad de espada y cruz que es el trasunto de toda empresa española».

Y acabada la ceremonia religiosa, se emprende la marcha. Alboreada el año de gracia de 1540.

INTENTOS ANTERIORES

No era aquella la vez primera que se intentaba la conquista de la tierra chilena. Desde que Magallanes descubre el reborde meri-

dional del Continente, la Corona, con lógico sentido, busca ligar con el estrecho las zonas ya conquistadas. La primera visión de la tierra chilena la tuvo, como es lógico, el propio Magallanes, que bordeó el mediodía chileno hasta la altura de la actual ciudad de la Concepción (1520). También por mar se hace el segundo intento por Loaysa en 1521, y por derroteros semejantes a los de Magallanes. La desgraciada expedición de Loaysa, de tal modo apagó los ánimos para la aventura que hasta 1534 no vuelve a pensarse en Chile. En 21 de Mayo de 1534, firma Carlos V. una pragmática dividiendo los territorios de la costa occidental de América Meridional situados al sur de la línea equinocial en tres grandes bandas: una, la mayor, denominada Nueva Castilla, adjudicada a Pizarro. Otra, de 200 leguas de extensión, a contar del paralelo de Ica, a los 25° 31' que se concede a Diego de Almagro y otra, al sur de ésta, que se concede a Simón de la Alcazaba, que intenta la empresa siguiendo el mismo camino marítimo y meridional de sus antecesores. Muy interesante es fijar la atención en la expedición de Alcazaba, pues constituye una prueba más de cuanto se viene señalando a lo largo de este ensayo sobre el carácter de nuestros conquistadores. La expedición de Simón de la Alcazaba, al revés de todas las restantes, reúne junto a algunos expertos marinos y excelentes capitanes cual Rodrigo de la Isla, un conjunto de marinos y soldados que tenían más de piratas que de conquistadores. Eran la hez de la sociedad española de su tiempo y faltos de las nobles cualidades que acompañaron a nuestros conquistadores—renombrados capitanes o innominados soldados—fue un tremendo fracaso, rindiéndose al primer contratiempo. La única empresa terrestre intentada por Rodrigo de la Isla—la exploración de la Patagonia—se interrumpe cuando estaba a punto de alcanzar su más interesante y buscada meta, pues la soldadesca indisciplinada que le acompañaba no es capaz de resistir. El fracaso de aquella expedición aumentó el descrédito que la aventura chilena tenía a los ojos de los españoles. En 1535, Carlos V. concedió a Pedro de Mendoza—el fundador de Buenos Aires—todo el territorio comprendido desde la desembocadura del Río de La Plata hasta el estrecho de Magallanes, encargándole penetrarse por tierra hasta el Mar del Sur—el actual Océano Pacífico—sin que el deseo del Emperador se viese cumplido, pues Mendoza prefirió establecerse en

la rica Pampa que le ofrecía más valiosas y positivas perspectivas. Cuando Almagro emprende la conquista de Chile, se apresuró Mendoza a ofrecerle sus derechos sobre el país.

Realmente es Almagro quien primeramente intenta la conquista de Chile, pues las anteriores empresas marítimas o no alcanzan la tierra chilena—Alcazaba—o se limitan a pasar de largo frente a ella, sin más resultado que desacreditar la empresa. Cuando Almagro inicia su marcha—julio 1535—en Perú no se tenía noticia alguna de la concesión y del intento de Alcazaba. La aventura se inicia desde el Perú, como fruto de bien meditada política de los Incas, que deseosos de dividir el ejército que ocupa su territorio hacen correr rumores sobre una tierra fabulosa, de clima bonancible, cuajada de riquezas. Las tendenciosas y malintencionadas noticias de los indígenas entusiasman a Almagro, ansioso de llevar a cabo una empresa que igualase, si superarla no podía, la ejecutada por su socio Francisco Pizarro. Y se lanza a la conquista de Chile, gastando en ello los inmensos bienes que le fueron adjudicados en la distribución del tesoro de los Incas, logrando organizar el más brillante ejército que se formó en América. «La flor de las Indias», señala admirado FERNANDEZ DE OVIEDO. El 3 de julio de 1535 sale del Cuzco la brillantísima expedición, rodeada de todo el aparato y pompa que aquel espíritu, ansioso de grandezas, era tan gustoso de gastar. Atraviesa la provincia de las Charcas y la espléndida comarca del Potosí, despreciándolas por «ser poca tierra para tanta gente honorable» y, tras de cruzar la Puna de Atacama, salva los Andes por el paso de San Francisco en pleno invierno austral. Almagro había escogido—llevado de los malintencionados informes de los indios peruanos—el más desastroso camino para la conquista. Pero el paso de los Andes, en las condiciones en que lo efectuó, le sitúa a tal altura que hace perdonables sus muchísimos defectos y aún la gran catástrofe que bajo todos los aspectos representó su presencia en América. Al fin alcanzó la risueña comarca de Copiapó y, avanzando hacia el Sur, llegó al valle de Maipó, en pleno vergel chileno, fertilísimo, rico en miel y en toda clase de productos. Mas no era la feracidad de la tierra lo que atraía a Almagro, sino el oro. Y buscando el oro anunciado por los indígenas peruanos, no supo comprender aquella tierra feracísima que se ofrecía a su vista. Oro que le per-

mitiese establecerse con una opulencia que eclipsase a todos los restantes conquistadores. Oro que no aparecía por parte alguna y, por el contrario, lo que aparecían cada vez en mayor número y peligrosidad eran indígenas que combatían y no dejaban descansar a los soldados. Y en medio de aquella decepción, llegaron los reales despachos señalando límites a las gobernaciones de Pizarro y Almagro, y creyendo este último que dentro de sus límites estaba el Cuzco, decidió regresar a posesionarse de su gobernación, abandonando la empresa chilena e iniciando una etapa de luchas entre españoles que, en definitiva, le conduciría a su total ruina.

El fracaso de la expedición de Almagro tuvo las más desastrosas consecuencias. El Cid ganaba batallas después de muerto, y la tremenda calamidad que Almagro representó para la obra de la conquista las hacía perder después de enterrado. Había hecho impopular en tierra de América la aventura chilena. Si un esforzado caudillo, como era considerado Almagro por sus contemporáneos—opinión que no compartía el sagaz Hernando Pizarro—, contando con limitados recursos y con un ejército que «era la flor de las Indias» había fracasado, no cabía duda de que la empresa no tenía remedio. Económicamente la perspectiva era aún peor. Chile era un país pobre, irremisiblemente pobre, cuya conquista no compensaba ni los gastos necesarios para realizarla... Y aun así, la conquista se emprendió de nuevo, aunque con muy diferente criterio.

EL NÚMERO INCREÍBLE

La primera diferencia entre la expedición de Almagro y la de Valdivia la ofrecía el número. Almagro formó un ejército brillantísimo—«la flor de las Indias»—, mientras que en torno de Valdivia salió un número de soldados que asombra. Cuando se piensa que marchaban a la conquista del país, estimado como el más belicoso de las Indias, causa estupor el volumen del «ejército» que se dispone a realizar tal conquista. Estupor relativo, porque salían del Perú y muchos de ellos habían participado en la inconcebible empresa iniciada con los «trece de la fama», reunidos en torno a Pizarro. Mas en el caso de Valdivia, ni aun esa modesta cifra se

alcanza. Siete se señalan en el proceso de Villagra: SANTA CRUZ y SILVA LAZAETA estiman que eran nueve y THAYER OJEDA los cifra en once. Por mi parte he intentado fijar número y nombres, a base de los procesos y de las informaciones, que señalan como seguros: Martínez, el comerciante que financia la empresa la modestísima aportación de nueve mil castellanos de oro y que, con su hermano Bautista Ventura, marcha con la expedición posiblemente para vigilar o contabilizar los ingresos. Con ellos tres soldados que llegan de los Chumchos: Alvar Gómez, posiblemente hermano germano del Adelantado; su hijo Juan Gómez de Almagro; Juan de Almonacid y el extremeño Pedro Gómez, de Don Benito; dos criados: Juan Valiente y Marcos Veas; Pedro Luis de Cisternas, quien señala en la información correspondiente que entró «con Luis de Cartagena», escribano, imagen de ese legalismo racial que no puede excluir ninguna acción española, y una mujer: Inés Suárez, que marcha como «como sirvienta de Valdivia». En total, once varones y una mujer.

Con ellos va un verdadero ejército—me refiero a lo numeroso de indios-yanaconas—que no van como soldados, sino como portadores de un bagaje que señala claramente el ambicioso propósito de aquella expedición emprendida para conquistar «almas para Dios y tierras para el Rey»: armas, aperos de labranza, útiles de trabajo, animales europeos que se proyecta aclimatar en Chile, semillas...

En el camino se les van uniendo algunos de los soldados contratados en los Chumchos. Al llegar a la costa, ya reúne Valdivia un «ejército» de veinte hombres, y en Tarapaca le alcanza al frente de treinta soldados el leonés Francisco de Villagra, que habría de acabar de Gobernador de Chile a la muerte de Valdivia. Poco a poco llegan algunos más—alrededor de setenta—y finalmente, se incorpora con cincuenta hombres más el vasco Francisco de Aguirre, que habría de dejar en Chile, junto al recuerdo de sus heroicas hazañas, el recuerdo más tangible de sus cinco hijos legítimos y de más de cincuenta mestizos.

Al iniciar la travesía del desierto de Atacama, el ejército expedicionario está integrado por unos ciento cincuenta soldados, entre los que se encuentran las más señeras figuras de la epopeya chilena: Villagra, y su primo Pedro, leales colaboradores de la obra;

Jerónimo de Alderete, antiguo compañero de armas de Valdivia en Italia y a quien se debe la marcha a América del futuro conquistador chileno; D. Rodrigo González de Marmolejo, hermano del famoso deán de Sevilla, Diego de Carmona y Marmolejo; don Rodrigo, sería más adelante el primer obispo de Chile. Otros dos clérigos forman parte del grupo expedicionario: el P. Diego Pérez y el famoso P. Juan Lobo, que en la defensa de Santiago sabría unir a la dulzura del misionero, la bravura del soldado; Juan de Carmona, que tomó parte en la fundación de Santiago; Rodrigo de Quiroga, futuro gobernador; Juan Jufré y Pedro Ponce de León, que ponen tinte de rancia nobleza en el grupo... No estorba señalar que sólo nueve de los expedicionarios eran plebeyos, y que entre los mismos figuraba un negro, Juan Valiente, que continuamente dió muestras de lealtad a Valdivia y en todo momento hizo honor a su apellido. Tampoco sobra en estos momentos señalar que no hay ni remotos indicios de que los soldados españoles que emprendieron la conquista chilena, mirasen con recelo al negro, que tomó parte en la fundación de Santiago, ocupó cargos concejiles y dejó con su presencia hartó patente, que no entraba en la mente de aquellos hombres muy ufanos de su condición de hidalgos, idea alguna de «discriminación racial».

LAS MUJERES EN LA CONQUISTA

Señalaba antes que entre las doce personas que salieron del Cuzco lanzándose a la conquista de Chile, figuraba una mujer, Inés Suárez, que figuraba como «sirvienta». Excepcional figura, que sirve de angel tutelar a los soldados en la penosa travesía del desierto de Atacama, alentándolos sin afrenta; que sabe poner hábilmente al descubierto los complots de Sancho de la Hoz, y que más tarde, en el tremendo asedio de Santiago, multiplica su actividad, curando a los heridos a los que a veces extrae de la primera línea, entre las patas de los caballos, se pone al frente de la tropa, electrizando a todos con su bravo empuje y logrando la victoria, y pasada la etapa de lucha que le ha valido el título de «heroína de Santiago» defiende tenaz y amorosamente las dos almuerzas de trigo, los puñados de maíz, dos cochinillas y un porquezuelo y una pareja de gallinas con un pollo que han podido

librar de la lucha. Y durante el largo asedio, pasan hambre, mas con clara visión del porvenir, ese tesoro se mima, y al cabo de un año comienza a dar su natural fruto. Dos mil fanegas de trigo se logra recolectar a los dos años, alejando el espectro del hambre que padecían los sitiados. Los animales, afanosamente cuidados por Inés, se han reproducido fecundamente, siendo aquella pareja base de la actual riqueza porcina chilena.

Mas no me interesa destacar la maravillosa actuación de esta excepcional mujer, sino señalar la importancia del elemento femenino en la conquista de América. Sin D.^a Marina, es posible que muy otros rumbos hubiera llevado la de México. Excepcional es la intervención de Inés en la conquista de Chile, y no menos importancia adquiere, aún permaneciendo en discreta sombra, la actuación del elemento femenino que forma la familia de Pizarro.

Sin embargo, falta un estudio formal de la actuación francamente fundamental de la mujer en la obra española en América. De D.^a Marina, aisladamente los hay y magníficos. De Inés Suárez, aparte de algunos interesantes artículos en el *Boletín de la Academia de la Historia de Chile*. (OPAZO: Doña Inés Suárez, B. A. CHI. de la H. vol. VIII, 1941) y de la Universidad de Chile (BARROS ARAÑA: Inés Suárez y D.^a Marina Ortiz de Gaete, 1873) sólo conozco un libro—magníficamente documentado—y no es ciertamente sino de una inglesa, Stella May BURKE, *The Conqueror's Lady: Inés Suárez* - XIII - 331 págs., 19×12, Nueva York, 1930.

Y de la actuación femenina en conjunto, nada que yo sepa.

IV.—LA OBRA DE GOBIERNO

LA TENACIDAD

Para mí lo más admirable de la obra de Pedro de Valdivia es su tenacidad. Su indestructible fe en el porvenir de su obra. Desde el primer momento parece que actúa conforme a un plan que va desarrollando. Al llegar a Copiapó, punto que estima comienzo de su jurisdicción, toma posesión del territorio, no como representante de Pizarro—como Teniente Gobernador—sino directamente «en

nombre del Rey». Tan pronto alcanza el fertilísimo valle del Mapocho, funda la ciudad que declara desde el primer momento capital del nuevo «Reyno»: Santiago del Nuevo Extremo (febrero 1541), señalando dentro de los futuros muros los lugares que habrán de ocupar el palacio municipal, el del Gobierno, el templo que inmediatamente ha de erigir a la Virgen en el misterio de su Asunción... Y todo ello, habiendo alcanzado el Mapocho, tras de luchar en el valle de Aconcagua con la feroz resistencia de Michamalongo y sus huestes primero, con las de otros dos caudillos cuyos nombres conocemos a través del expediente de probanza de Juan de la Cueva (Catiputo y Tanjalongo: Documentos inéditos hist. Chile, vol. XXV) y aún en el mismo valle con la resistencia de sus pobladores. Sin embargo, crea la ciudad, organiza el Cabildo municipal que hereda las viejas tradiciones municipalistas castellanas, y comienza aceleradamente la construcción de la Iglesia, del Cabildo, de las casas, del muro que ha de defenderlos. Y de todo ello el legalista que lleva dentro aquel hombre que alardeaba de su poco saber, levanta cuidadosamente actas que dejen para siempre constancia escrita de su actuación.

En septiembre de 1541 ingentes masas de indios mapuches se lanzan contra la ciudad, en construcción, entablándose una feroz lucha, en la que todos luchan como leones y en la que se destaca, como antes indicaba, la actuación heroica de Inés, la «heroína de Santiago». Se logra dispersar a la indiada, mas éstos quedan concentrados alrededor de Santiago, iniciándose así el cerco, que habría de durar más de dos años. La sublevación de los indios ha supuesto la ruina total de la obra hasta entonces realizada por Valdivia, la ruptura de sus comunicaciones con el Perú, su aislamiento y aun el quedar sitiado en Santiago. No importa. Se rehace el muro que ha de proteger la ciudad y, sobre todo, las cosechas, en que tienen puestas sus esperanzas. Cavan, labran, edifican, combaten y duermen sin soltar las armas de la mano. No dan tregua a los indios ni los indios a ellos. Grupos de treinta o cuarenta hombres recorren continuamente el campo, hostigando a los indios y recogiendo misérrimo alimento, mientras el resto continúa incansablemente la reconstrucción de la arrasada ciudad. Y en medio de aquellas angustias, en diciembre de 1542, aun tiene el rasgo de repartir entre los hombres que forman su equipo el

territorio que, más que conquistado, aspiraban a conquistar. «Farronería podrá parecer a algunos el rasgo de distribuir los territorios y los indios que cercaban la población entre los míseros que se hallaban como prisioneros de ellos. Pero será no querer ver en ello una muestra más de la indestructible fe en el triunfo que animaba a aquel hombre, que en esos dos largos años supo ser «geómetra en el trazar y poblar, alarife en hacer acequias y reparar aguas, labrador y gañán en la sementera, mayoral y rabadán en hacer criar ganados, y en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor», todo en una pieza.

Ya señalaba antes que aun careciendo materialmente de alimentos, no se toca la primera ni la segunda cosecha, y se cuida amorosamente a los caballos, cerdos y pollos, que se consideraban básicos para el futuro de la colonia. Y mientras el Cabildo municipal continuaba celebrando regularmente sus reuniones y no olvidando levantar las correspondientes actas, que se escriben utilizando el reverso de los sobres y cuando éstos se acababan en tiras de piel. ¿No revela todo ello una inquebrantable fe en el triunfo final?

Levantado el cerco, la obra de gobierno de Valdivia entra en nueva fase, caracterizada por el desarrollo de asombrosa actividad. Sin abandonar el continuo despliegue de patrullas volantes que por todas partes recorren el campo, cortando el camino a los indios, que se ven obligados a someterse, a conocer el paternal trato del conquistador, que les facilita simientes, aperos, medios de construir sus viviendas y labrar sus campos, piensa en asegurarse las comunicaciones con el Perú, fundando en mitad del camino una nueva población que bautiza con el nombre de su tierra nativa: La Serena. Y a la vez, la continua exploración del Sur, el avance hacia el Sur, en la que, junto con el equipo de soldados, iba, como es norma en los actos de Valdivia, el imprescindible escribano —Cárdenas—, que fuese levantando acta de las sucesivas fundaciones. Todo ello sin abandonar la explotación de las minas de Malga-Malga, que dan origen a la primera legislación social dictada en América—y vigente en sus directrices fundamentales—y sin abandonar la obra de gobierno de la colonia.

Ha de trasladarse al Perú y tomar parte en la lucha que ensangrienta aquella tierra. Ello le vale la confirmación oficial de su

gobernación, por Pedro de Lagasca, valiéndose para arbitrar los precisos recursos de una estratagema, no muy limpia por cierto, aunque—eso sí—perfectamente reflejada en la imprescindible acta levantada por el escribano de turno y, a su regreso, otra vez la lucha tenaz, incansable, para alcanzar el estrecho, punto final de su gobernación.

PADRE DE CIUDADES

La actividad exploradora de Valdivia es asombrosa. No tiene más tregua que la forzada de la etapa de asedio a Santiago, su desplazamiento al Perú y la debida a una lesión que le postró en el lecho. Avanza sin cesar hacia el Sur, y en su avance va creando, como hitos que aseguran la posesión de la tierra que conquista, ciudades y más ciudades. Valdivia, Villarrica, La Imperial, Concepción... van surgiendo a medida que extiende sus dominios. Y en cada ciudad el correspondiente Consejo. Que una de las más puras glorias de nuestra colonización americana es haber trasladado a América la tradición de vida municipal, precisamente cuando las libertades municipales agonizaban en el propio solar patrio. La vida municipal se desenvuelve intensamente bajo el mandato de Valdivia. En 1552 se dictan ordenanzas regulando el ejercicio de la medicina. En el mismo año se crea el primer hospital de Chile en Santiago. Se fomenta la agricultura y la ganadería, impulso lógico en quien aun pasando hambre durante el asedio de Santiago, cuidó, más que de sí mismo, de conservar los pocos granos de trigos salvados y los escasos animales sobrevivientes, con miras claras al futuro. En 1548 se concede licencia para instalación de un molino. Cinco años más tarde había cuatro molinos. Se impone a los propietarios rurales la obligación de construir y conservar caminos. Y con clara visión del futuro, que ojalá se hubiera tenido en la Metrópoli, dicta normas prohibitivas de la tala. Aun en materias ajenas a su jurisdicción, como era la organización eclesiástica, deja sentir su impulso y su visión: aspira a que Chile tenga iglesia independiente. Y reitera sus gestiones para lograrlo e incluso señala el nombre del que estimaba debía ser nombrado primer Obispo de la independizada diócesis santiaguense: el venerable González Marmolejo, que al fin, y gracias a estas indicaciones, fué preconizado Obispo de la recién creada

diócesis, sin que pudiera llegar a la consagración «por falta de recursos para ello». El dato, harto elocuente para los que ven en los conquistadores sólo afanes de lucros materiales, no precisa comentarios.

EL VUELO TRUNCADO

El avance hacia el sur, tropieza con la hostilidad creciente del más belicoso pueblo de América: los Araucanos. En su trato con los indígenas del arauco, comete Valdivia su gran error. Estima que la dura lección dada años antes los había dominado. Incluso tiene como criado a un araucano por el que siente el mayor afecto. Alonsillo, inteligente y servicial, usa ampliamente del afecto que le profesa Valdivia, y se entera a conciencia de la organización de los conquistadores.

En diciembre de 1553, proyecta ampliar más hacia el sur su conquista y fundar, en el lugar donde actualmente se levanta la ciudad de Osorno, una ciudad que llevaría el nombre de «Santa María de Gaete» para inmortalizar a la esposa que lloraba su ausencia en el lejano valle de la Serena (¿Castuera?). Encomienda la proyectada expedición a Villagra, pero la insurrección de los araucanos impide dar cima a este proyecto.

Los araucanos atacan los fuertes de Tucapel y Puren. A Puren acude Juan Gómez de Almagro, que comunica a Valdivia la grave situación creada por la insurrección. Valdivia organiza la expedición, citando a Gómez de Almagro para reunirse con él en Tucapel el día de Navidad. Y el día de Navidad, alcanza el cerro de Catiquichay, frente al destruido fuerte de Tucapel. Allí le asedia la indiada, dirigida por el antiguo criado Alonsillo, convertido en el jefe araucano Lautauco, y por el gigantesco caudillo Caupolican, eternizado por Ercilla. Los soldados de Valdivia logran destrozarse la primera línea de indios. A ésta sucede otra, y otra y otra más, en sucesión indefinida, inacabable. Los arcabuces quemaban de tanto uso. Las espadas estaban teñidas de sangre. Los brazos agotados de un interrumpido esfuerzo. Y las oleadas de indios siguen presentándose y atacando a aquel puñado de héroes, que poco a poco van cayendo. No es posible determinar cuánto duró la batalla. Dos días, tres... Pero días sin descanso posible, luchando

sin cesar, hora tras hora. Pero aquella desesperada resistencia, tenía al fin que cesar. Magníficamente la describe Ercilla:

«De dos en dos, de tres en tres cayendo
iba la desangrada y poca gente
siempre el ímpetu bárbaro creciendo
con el ya declarado fin presente
fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente
que constantes, rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.
Sólo quedó Valdivia, acompañado
de un clérigo que al acaso allí venía».

¡Van cayendo todos! Valdivia sin tiempo casi para ver, ha visto sin embargo caído a sus pies a su sobrino y homónimo Pedro de Valdivia, llegado poco antes a Chile, llena la juvenil cabeza de ilusiones cimentadas en la gobernación de su tío. Y a su pariente Gaspar de Valdivia. Y a Hernán Pérez de Trujillo y poco a poco a todos los que le rodean. Hay un intento de romper el cerco en feroz carga que determina la muerte de los últimos defensores. Pero Valdivia, seguido de cerca por el P. Pozo, consigue salvar la muralla humana, para caer muy pronto en un pantano, que inmoviliza la cabalgadura. Y allí los lazos de cuero, diestramente lanzados, logran aprisionar al caudillo, al que más por fetichismo que por latrocinio, destrozan la ropa. Sólo la celada borgoñesa resiste los golpes y tirones de los indígenas.

Fuertemente atado con las correas de los lazos, es arrastrado al lugar afortunadamente no muy lejano, donde los jefes de los clanes araucanos forman una especie de alto consejo. Parece seguro que permaneció amarrado a un árbol, sin alimento alguno, más de tres días. A su lado se encuentran el clérigo Bartolomé del Pozo, capturado en el mismo sitio, y el fiel yanacona Agustinillo, que conoce la lengua araucana y parece puede servir de intérprete, mas para evitar el diálogo le matan de un mazazo. Su muerte cierra la puerta a toda esperanza. La presencia afortunada del P. Pozo le recuerda el viejo blasón familiar: la muerte menos temida, da más vida.

LA MUERTE DE VALDIVIA

Durante mucho tiempo ha sido estimado casi como artículo de fe, que Valdivia, amarrado a un árbol en el lugar del Consejo de Jefes de clanes, sufrió durante dos o tres días el atroz martirio de ser progresiva y lentamente destrozado. Aunque algunos historiadores han pretendido destruir esta tradición, sus esfuerzos no han sido coronados por el éxito. A través de las expediciones de castigo que organiza Villagra y de la captura de Lantauro, se pudo casi reconstruir el duro tránsito del Caudillo. Es, sin embargo, modernamente cuando se ha encontrado la explicación plausible de este martirio. Los araucanos no eran antropófagos. Y a pesar de ello, parece casi seguro que cortaron miembros de Valdivia y los comieron. A la luz de nuestros conocimientos sobre el totemismo, esto que es brutal sin género de duda, resulta explicable. Valdivia era para aquellos indígenas un superhombre. Adquiere proporciones gigantescas. Y comiéndole, adquieren sus cualidades. Comunión totémica en definitiva, que nos da la clave de este extraño y brutal proceder que sólo se sigue con el caudillo vencido.

Por otra parte, es muy fácil que Valdivia no sintiera este martirio. Tras de unos días de agotadora lucha, tres o cuatro días inmovilizado amarrado fuertemente a un árbol. Aun contando con su asombrosa energía física y moral, la resistencia física tiene un límite, que debió ser ampliamente rebasado. El dolor puede llegar a ser placer. Y la tremenda sangría de los brazos cortados—no con instrumentos trabajados por el hombre, sino con conchas marinas afiladas por la propia naturaleza—debió ser, en medio del agotamiento físico y moral, el lenitivo placentero que le sumiría en un sopor insensibilizador, del que no saldría sino para volar a las regiones eternas de la infinita paz, de la eterna luz...

* * *

Una tradición señala que casi hasta nuestros días, los araucanos, en sus festines religiosos, utilizaban como copa sagrada la calavera de Valdivia. Es posible, pues ello responde al carácter de rito totémico de su martirio, que, aparte de sublimar la gesta del

Caudillo, tiene—yo al menos así lo creo—indudable valor de símbolo. Es muy posible que entre los secretos designios de la Providencia entrase el que Valdivia no tuviese ni aun el pequeño trozo de tierra que le bastaba al final—según afirmaba él mismo en sus cartas al Emperado—, pues así, sus cenizas, lanzadas a todos los vientos del «País de los Rincones», empaparon todo el país de su espíritu, logrando, después de su éxodo por este valle de lágrimas, crear, como ansiaba, un pueblo laborioso, tenaz, indomable, empapado en sus mismas virtudes, capaz de imponer sus principios, al igual que Valdivia, «por la razón o por la fuerza».

MIGUEL CARMONA